EL CÓNDOR DE ORO – JOSÉ DE LA CUADRA

CUENTO DEL DRAMA OSCURO

Yo creí que ese hombre era vasco. Se me ocurrió no más. En su ficha personal, concedida por una oficina policial colombiana, solo se establecía que era español, casado, de veinticinco años. Y carecía de pasaporte. Pero su filiación constituía una cédula cabal de identidad vascongada. Blanco y alto; delgado pero recio, abecujado, como acá decimos, esto es, con la contextura macha de las liana; de ojos azulencos, serenamente dormidos en la muerte; de boca como rajada, a filo de bisturí, en la carne pálida del rostro... Y la nariz..., sobre todo, la nariz... semejaba la proa tajante de aquellos veleros que cortaban las aguas antiguas del golfo de Vizcaya, sobre las costa de España... Sí; ese hombre era vasco.

Se le encontró una mañana, tirado en los humedales de la puntilla que forman, arriba de Jujan, el río Amarillo y el río Chilintomo, al confluir las aguas oscuras del uno con las aguas del otro. Estaba ya frío, pero aún no se había apoderado de él completamente la rigidez cadavérica.

Lo habrían muerto al mediar la noche: al amanecer, quizás.

Velaban a su alrededor los pájaros-matracas, desenvolviendo el carricoche de sus gritos, que estremecían el aire reposado. Era como si un inmenso jazz selvático le rindiera honores fúnebres.

Por entonces yo desempeñaba mi primer cargo público, el, por cierto, modestísimo de secretario de la comisaría de Yaguachi; y con mi superior andábamos haciendo un recorrido cantonal. Por esa razón nos hallábamos en Jujan.

En la posada donde nos hospedábamos se presentó un gendarme de la rural.

Recuerdo que era una clara mañana de domingo, en pleno verano.

Delante de la posada se extendían las mesas de venta de carne, más concurridos de moscas que de compradores. En las cantinas se arremolinaban los trabajadores francos de las piladoras de arroz. Discurrían bulliciosamente por las calles las peonadas de las haciendas vecinas, dando guardia mantada a sus patrones. Las morenas muchachas del barrio "caliente", mas desnudas en sus vestidos sucintos que si no los llevaran, insinuaban con el contoneo de sus caderas la ruta de sus covachas propicias.

El policía se cuadró ante el comisario:

--- Con permiso, habblo, mi comandante. Frente al pueblo han asesinado a un tipo. Está ahí, en la puntilla.

El comisario reflexionó:

--- Iremos allá ---dijo---, pero primero nos tomaremos un trago donde la viuda Yánez. Un quemado. ¿Qué te parece, Quintana? El muerto no tiene apuro.

Rió a carcajadas, como si hubiera dicho un chiste.

--- Por supuesto, no fue solo un quemado. Nos estuvimos dos horas en el jabeque, y salimos un poco balumosos, como las lanchas mal estibadas.

--- Ahora, Quintana, a la obligación... Uno es esclavo de su deber, ¡qué caray!... Vea usted, hoy, domingo... ¿Por qué no lo mataron otro día?

Nos trasladamos en canoa a los humedales de la puntilla.

Me preguntó el comisario:

--- ¿Usted ha asistido a algún levantamiento de cuerpo, Quintana?

Le repuse que no. Que era esa la primera vez que presenciaría tal diligencia.

El comisario se esponjó. Se sentía satisfecho de poder demostrar sus conocimientos de leguleyo. Y aprovechaba ampliamente la ocasión. Durante el trayecto, felizmente corto, hasta los humedales, la autoridad de Yaguachi se explayó como supo respecto de la ceremonia del levantamiento, y luego, en general, sobre las mil y una triquiñuelas del enjuiciamiento criminal.

--- Usted debe saber esto, Quintana. Para que lo hagas o para que no lo haga. Según como le venga el agua. Pero debe saberlo.

Es de advertir que mi jefe llamaba "agua" al dinero, seguramente por la facilidad con que se lo gastaba en el juego de pinta, o en la lidia de gallos, o, simplemente, bebiéndoselo.

Concluyó:

--- Hay que saberlo todo, Quintana. Mas malo que lo bueno. La autoridad tiene que ser como el zorro; porque siempre le toca tatar con zorros: con los abogados, por ejemplo, y con los cuatreros.

Se varó la canoa en un seco del río; y, mientras volvían a flote los palanqueros, el comisario disertó sobre la belleza de los ardides procesales.

--- ¡Es lindo, de veras! ---dijo, entusiasmado.

Sus frases componían algo como una canción: la canción canalla del tinterillaje.

Al fin llegamos. Hubimos de espantar a las tenaces matracas que voltejeaban en torno del muerto, y quedó ante nuestros ojos un espectáculo horrible. El cadáver estaba de costado, recogido de piernas, con los brazos extendidos hacia adelante en un gesto de suprema defensa. Habían acabado con él salvajemente: a palos. Sin duda el garrotazo que le causó la muerte; pero todo el resto del cuerpo mostraba las huellas de los golpes bárbaros.

Uno de los gendarmes insinuó:

--- Habrá sido cosa de la cuadrilla de José Laje.

Asintió otro.

El comisario interpuso su opinión autoritaria:

--- No; esa gente hace otras cosas. Al negro Laje le gusta más robar ganado.

--- Ajá

El jefe del piquete de la rural, dijo, refiriéndose al muerto:

--- Yo conocí a este hombre, mi comandante. Vendía a la sencilla. Iba en una canoa por los ríos. Solo. Sin remeros. Cocinaba él mismo su comida, en cualquier barranco. Lo matarían para robarle. Echarían a pique la canoa o la aflojarían aguas abajo. ¡Quién sabe! Se hundiría en la vuelta del Bombero. Esa revesa es brava. Hay un tronco parado. No pasarla más allá. La buscaremos esta tarde.

Añadió:

--- ¿Se acuerda usted, mi comandante, del caso de Julio Name, el turco sencillero que se comieron en la Boca de Pula? Igualito, ¿no? A ese lo fondearon al estero, partiéndole el espinazo. Después reflotó no sé cómo, por permisión de Dios…

El comisario no le prestaba atención. Inspeccionaba el sitio y sus contornos.

Dijo con insuficiencia:

--- El crimen no se ha cometido en este lugar. Aquí han dejado el cadáver, pero lo victimaron en otra parte. Más arriba, quizás. Destacaremos una comisión.

Luego, dirigiéndose al jefe del piquete, preguntó:

--- ¿Sabia usted el nombre del gallo ese, Romero?

--- No, mi comandante; por aquí le decíamos no más el Gringo, como al turco Ñame.

--- ¡Ah!

Dispuso que el piquete se internaba por la puntilla buscando rastros, y que de los gendarmes pasara al pueblo a comprar mallorca. Nos quedamos solos con el muerto.

Me ordenó:

--- Usted, Quintana, regístrelo. Acaso no lo hayan bolsiqueado y tenga sus papeles.

Encontré la ficha policial.

--- Se llamaba Elizalde… No era gringo, vea… Español era… Pedro Elizalde…

Y luego hallé la moneda.

Estaba muy escondida, en una funda disimuladora del ancho cinturón de cuero, metida en un sobre sin quemar aún.

Entre los pliegues de la carta relucía un cóndor. Brillaba al sol la moneduca de oro, como si ella misma fuera un pequeño sol resplandeciente.

Con el cóndor entregué la carta al comisario. Este la leyó y me la volvió.

--- Cuestiones familiares sin importancia ---dijo---. De todas maneras la agregaremos a los autos.

Después me volvió también la moneda.

--- Quédese con ella, Quintana. Se la regalo.

--- Gracias.

Yo comprendía la generosidad repentina de mi jefe. La noche anterior, en mi presencia, un terrateniente jujanse le había dado mil sucres para que mandara a los gendarmes de la rural que despacharan al otro barrio a un "enemigo publico"... Ley de fuga, pues... Abigeo incorregible... Un balazo recibido cuando atacaba a los policías... Mil sucres... (¡Pobre diablo! ¿Enemigo Público? Enemigo del terrateniente sería... ¡Mil sucres!)

El cóndor aquel era el precio de mi silencio. De mi complicidad. Lo entendía bien.

Reflexionó el comisario:

--- En la carta se habla del dinero. No la agregue, mejor. En los autos no se dirá sino de la cédula esa. Rompas la carta.

Pero no la rompí.

Y siempre me ha preocupado. Va de años y todavía la conservo. La releo en ocasiones. Habría deseado remitirla a su destino perdido; pero no se indicaba en ella dirección alguna. Elizalde se reservaría mencionarla en el sobre. No pudo hacerlo. No lo hizo jamás. Y, por eso, la carta permanece ahí, al plan de mi baúl, confundida entre viejos nombramientos.

Elizalde la escribe a su mujer. Es la primera vez que "por noticias desde América"

Redacta en un estilo ingenioso y pintoresco, que delata al hombre de pocas letras. Se ve que Elizalde era aldeano: habla a cada paso de su pueblo. Pregunta por vagas gentes; parientes, quizás; amigos... Luego, le dá consejos a la lejana compañera... Parece que esta quedó encinta cuando él emigró... Inquiere por el hijo presunto... ¿Se malogró? ¡No; imposible! ¿Nació? ¡Sí! ¿Y qué es, cómo es? ¿Cómo es? ¿Ha sacado los ojos de ella? ¡Ojalá!... "Tus ojos son tan lindos, Isabel, y tan grandes..."

Después, Elizalde trata de si mismo. Narra sus aventuras dolorosas en Colombia, cuando trabajó en las minas de esmeraldas. Él no servía para eso.

Apenas ganaba para comer. Le daba pena escribirle a ella sin mandarle nada... Un año... Vino al Ecuador... A pie, por las sierras tremendas... Se metió en las bananeras... ¡Salario Pringo!

¡Buen salario!... Pero se agotaba. Se lo comía el paludismo. El infierno verde lo ahogaba...

Ahorró. Alquiló una canoa. Fio mercaderías. Se dedicó a comerciar por los ríos, con su tienda ambulante. Le iba bien. Ahí la muestra: le enviaba esa moneda de oro, oculta en el papel... más fácil habría sido remitirle billetes; pero no; Elizalde deseaba que fuera esa moneda de oro. ¿Para qué gastarla?

¡No! Comida no le faltaría a la mujer en casa de la madre… Además, ya le remesaría más dinero… Y él, Elizalde, quería que esa moneda se la colgaran al pecho del hijito cuando, los domingos, lo llevaran a la iglesia, y, luego, a pasear por la orilla del mar… Para que las gentes lo vieran y dijeran al mirarlo: "Ese es el hijo de Elizalde, el que está en América"…

Yo tengo de mi, honradamente, la opinión de que no soy un sentimental. Entiendo que, de otro modo, no seguiría desempeñando estos cargos policiales. (Ahora soy comisario). Mas a veces sueño con viajar a España… Ya en España, me iría por los campos vascos y buscaría el pueblecillo al filo del mar donde habitó Pedro Elizalde… Quizás lo encontraría… E iría de casa en casa hasta la casa de su mujer… Y conocería al hijo que él no conoció… (no sé por qué estoy seguro de que ese niño nadó y esta vivo)… Lo acariciaría blandamente y depositaría en su manita la moneda de oro que su padre le tenía reservada…

Mientras eso sucede (si es que sucede), seguiré conservando, pendiente de la leontina de mi reloj, este dorado cóndor, que me ha traído tanta suerte, es decir, tanta mala suerte.